58 años ganándole al despertador

A. PADRÓN

Image not found.

Capítulo 1

CINCUENTA Y OCHO AÑOS GANÁNDOLE AL DESPERTADOR

Por las mañanas debiese sonar el despertador;

pero él siempre se ha adelantado a

apagarlo desde hace cincuenta y ocho años.

Poniéndose boca arriba, se da cuenta de que ella no está. Las arrugas de la sábana blanca que cubre la cama en esta época del año son menos que las arrugas que cubren ya su esquelético cuerpo. Pero no existe remedio para los años piensa desde su acojinada almohada con olor a blanqueador. No hay parte de mí que no me duela al voltearme. Siendo así, también el dolor de mis recuerdos se ven desvanecidos al verte salir del baño llevando encima tu bata de terciopelo azul.

Cincuenta y ocho años ganándole al despertador le dice y hoy por primera vez te veo levantarte antes que mi obsoleto cuerpo. Haber decidido dejar tan suave cama amerita a un domingo de panqués.

Bien, pues si se trata de panqués calientes será mejor que apresure el paso y ponga un poco de café en ese pedazo de lata que tenemos por cafetera. Será tiempo de pensar en tomar té.

Abre su armario con apaciguada actitud, camisas azul marino, índigo y rey decoran el alma del viejo mueble. Agradece que sus pantalones sean todos negros. ¡Bah! Suelta un grito de molestia. Mira que perder cincuenta y ocho años de vida, viendo qué camisa azul ponerme. Hubiese elegido todas blancas. Pantalones negros y camisa blanca, calcetines negros, zapatos negros. Ropa interior, ni quien se fije.

Lo prefiero suelto; lucen más los destellos de tu cabello blanco al cocinar. Ella se encontraba frente al tocador lidiando con las peinetas.

Ya en la cocina la cafetera comienza con su peculiar y sonoro movimiento. El sartén derrite la mantequilla, los perros piden a cuenta de ladridos que les sean alimentados, pequeñas gotas del grifo escapan tintineando al caer, la leche se desparrama y el tenedor golpetea repetidamente contra el bowl masajeando la masa. La mantequilla se quema. Pasarme aquel trapo que la leche se me ha derramado grita colérico, ella lo observa como si se tratase de lo mismo de siempre. Con una sonrisa picaresca le ha dejado un trapo seco sobre su hombro. La masa se fusiona con la

mantequilla y la cocina se llena a un olor a pastel.

La cafetera al fin se calla y lo único bueno que se ha obtenido de ella es el líquido prieto que ha llenado las tazas a tope con dos de azúcar. Los panqués son nubes al comerlos. Es de película, no logro abrir los ojos cuando doy mordida a este manjar, es como cuando besas a una mujer por primera vez. Comería panques todos los días, ya que puede suceder. Mejor tener dónde azotar cuando llegue la hora.

El teléfono timbra. Su mujer ha dejado caer el trinche sobre la loza. Ha de ser Marianita dice él. Desde ayer ha estado marcando he revisado ya el identificador. Aún no han comprendido que nuestra labor ya está hecha. Qué si quieren saber si nos encontramos bien; pues claro que nos encontramos bien. Mientras sigamos juntos. Ya le llamaré más tarde; quisiera escuchar a Pablito decirme con cuando ha ganado en el futbol. Que por ahora ya no me mires así que sé bien que me toca lavar los trastes. Nos caería bien una partida de dominó, puede que ahora si ganes.

Se escuchan caer veintiocho fichas sobre la mesa del hall de una caja apolillada, con logotipo de quien fuera fabricador, ya desgastado. Ella se ha dedicado a revolver las fichas. Él se prepara entrelazando sus dedos y dándoles un tirón que les ha hecho tronar cual matraca. Ella retuerce los ojos y le regala una mueca de disgusto. La partida ha dado inicio se dejan ver algunas mulas y muchos seises, después algunos tres y cincos. Pieza tras pieza van dando forma a un río de puntos negros; entonces se miran fijamente dando pausa al juego ¡Qué tienes el último uno! Le dice él. Ya has cerrado el juego. Risas salen de su boca ya sin dientecitos. Y el timbre se deja escuchar.

¿Papá? Resuena una voz por detrás de la puerta. Soy Mariana, he estado marcándote. Él ha dejado caer sus dos fichas que le restaban. Él la sigue mirando detenidamente con la misma ternura de aquel su primer juego.

Viejita; es hora de que te marches ya. Le susurra.